COMMUNIO ARG. XXX (2023/3) 7-18

El temor y la ausencia de temor en la Biblia

Ludger Schwienhorst-Schönberger[1*]

La exhortación *¡No temas! – ¡No teman!*, sea en singular o plural, aparece un total de 78 veces en el Antiguo Testamento y 27 veces en el Nuevo Testamento. Estadísticamente, no hay diferencia significativa entre los dos Testamentos. Así pues, la ley del miedo no tiene por qué ceder ante el Nuevo Testamento. El Antiguo y el Nuevo Testamento llaman a no temer en contextos diferentes.

Temor justificado e injustificado

Sin embargo, en la Biblia no se hace un llamamiento general a la ausencia de temor. Hay buenas razones para tener miedo. Cuando José llegó a la tierra de Israel después de su regreso de Egipto y oyó "que en Judea reinaba Arquelao en lugar de su padre Herodes, tuvo temor de ir allí. Y como había recibido una orden en sueños, se fue a la región de Galilea y se estableció en una ciudad llamada Nazaret" (Mt 2,22s). Evidentemente, fue una sabia decisión. José parece estar informado de las condiciones políticas del país y evaluar correctamente los peligros. Se toma en serio su temor. También presta atención a sus sueños. En conjunto, estas dos cosas lo muestran como un buen padre de familia que, ocupándose diligentemente de la familia que le ha sido confiada, crea las condiciones para que el pequeño Jesús crezca en circunstancias razonablemente seguras. El evangelista Mateo señala que así se cumple el plan de Dios anunciado por los profetas (Mt 2,23). Tomarse en serio el temor puede corresponder a la voluntad de Dios.

Además del justificado temor intramundano, que debe tomarse en serio, hay otras dos formas de temor que se encuentran con frecuencia en la Biblia. Ambas afectan al núcleo del mensaje bíblico. En el primer grupo, el motivo se encuentra en relación con una teofanía. Dios, un ángel o un profeta se aparece a una persona o a un grupo y les saluda con la promesa: *¡No teman!* Este denominado temor epifánico está relacionado con la pretensión bíblica de

---

[1*] Nacido en Alemania (1957). Profesor emérito de Antiguo Testamento de la Universidad de Viena.

revelación. Vencerlo es el requisito previo para que Dios venga al pueblo. En un segundo grupo de testimonios, se trata de un temor intramundano, que hay que superar o considerar injustificado en la confianza en Dios.

Temor epifánico

Cuando la divinidad aparece, se da a conocer en acontecimientos extraordinarios, lo cual suele desencadenar asombro, temor y miedo en quienes lo perciben o se ven afectados por él. A nivel fenoménico, la revelación de Dios significa que se rompen las formas familiares de percepción y de estar en el mundo. Sale a la luz una dimensión de la realidad hasta entonces oculta o no percibida. Esto provoca perplejidad, susto y sobresalto. El Antiguo y el Nuevo Testamento hablan de ello de la misma manera. En este sentido, el temor de Dios pertenece a Dios y a su revelación.

Hay dos reacciones opuestas ante el sobresalto de Dios: huida y muerte por un lado, confianza y salvación por otro. Los enemigos de Dios deben huir ante el sobresalto divino: "Yo envío mi terror delante de ti, confundiré a todas las naciones a las que llegues, y haré que todos tus enemigos huyan delante de ti. Haré que estalle el pánico delante de ti" (Ex 23,27s). Sin embargo, los que creen en el Dios verdadero y se confían a Él, como Abraham (Gn 15,6), no tienen nada que temer. A él se aplica la promesa: "¡No temas!" (Gn 15,1).

En el curso de la Biblia, la exhortación "No temas" se encuentra por primera vez en la alianza con Abraham, el creyente por excelencia. La narración de la alianza nocturna (Gn 15) construye una atmósfera arcaica e inocente, con esos momentos de *tremendum* (el estremecimiento, la distancia), *majestas* (lo sobrecogedor) y *fascinans* (lo atrayente y cautivador), que Rudolf Otto consideraba esenciales para la experiencia de lo sagrado[2]. Esta es una de las

---

[2] Rudolf Otto, *Das Heilige. Über das Irrationale in der Idee des Göttlichen und sein Verhältnis zum Rationalen* (*Sobre lo irracional en la idea de lo divino y su relación con lo racional*), München 1971. Publicada por primera vez en 1917, esta obra "está considerada como la obra teológica más leída del siglo XX en lengua alemana" (Stefan Walser, 420) y recibió su 25ª edición en vida de Otto (1869-1937). El texto se cita aquí conservando la ortografía y puntuación de la nueva edición de 1936 con las últimas correcciones del autor. En 2014 se publicó una nueva edición con un epílogo de Hans Jonas. Stefan Walser, "*Das Heilige* wird 100 Jahre alt", en: GuL 90 (4/2017) 420-427, ha señalado, entre otras cosas, siguiendo a Hans Jonas, la perdurable actualidad teológica de la obra: "*Lo sagrado vuelve a ser actual. Contra todo pronóstico, vuelve a la vida privada y pública*" (Ibid. 427).

razones por las que el texto, al menos en su forma básica, se ha considerado una narración "de gran antigüedad"[3]. Sin embargo, lo más probable es que Génesis 15 sea una narración relativamente reciente que, a modo de una interpretación anticipada, trata de reconciliar la alianza de gracia de la tradición sacerdotal de Gn 17, con la alianza contractual del modelo deuteronómico. Para nuestra pregunta sobre la relación entre el temor y la ausencia de temor, resulta ahora decisivo que el temor natural de Abraham, ante la deidad que se le aparece en una visión, se transforme en confianza mediante la promesa "No temas". La transformación del temor y la aprehensión en fe y confianza se realiza paso a paso en el diálogo entre Dios y Abraham (Gn 15,1-6). Al final, Abraham se ubica en la actitud de fe por excelencia (Gn 15,6), el requisito previo para que Dios haga una alianza con él (Gn 15,18). Así, esta narración de la epifanía nocturna, en la que Dios pasa en forma de antorcha encendida entre animales divididos y Abraham es golpeado por "el temor y una gran oscuridad", se convirtió en una narración del poder salvador de la fe, a la que Pablo pudo remitirse para argumentar en una polémica teológica: "Y él [Abraham] creyó al Señor, y él se lo contó como justicia" (Gn 15,6; cf. Rm 4,3; Ga 3,6).

No temas

En la crisis del exilio, esta fe parece haber tambaleado. Por eso no es de extrañar que el mandato "No temas" aparezca con especial frecuencia en la segunda parte del libro de Isaías, la parte que se escribió durante y después del exilio, y que trata de la resignación y la desesperación de los exiliados (Is 41,10.13; 43,1.5; 44,2; 54,4). Deben tomar como modelo a Abrahán, que dejó Ur, en Caldea, para ir a la tierra de Canaán (Gn 11,31; 12,1-5): "¡Mira a Abrahán, tu padre, y a Sara, que te dio a luz! Él estaba solo cuando lo llamé" (Is 51,2). Esta llamada se dirige ahora a los exiliados: "¡Salgan de Babilonia, huyan de Caldea!" (Is 48,20). Al siervo de Dios y descendiente de Abrahán se aplica la siguiente promesa: "Pero a ti, Israel, siervo mío Jacob, a quien he elegido, descendiente de mi amigo Abrahán: te he tomado de los confines de la tierra, desde su último rincón te he llamado. Te he dicho: Tú eres mi siervo; te he elegido y no te he rechazado. No temas, porque yo estoy contigo; no temas, porque yo soy tu Dios" (Is 41,8-10).

---

[3] Gerhard von Rad, *Das erste Buch Mose - Genesis* (ATD 2-4), Götingen 1972, 111981, 147.

Permanecer firme en la paz

La tensión entre un temor de Dios que hay que descartar y un temor de Dios que hay que aceptar y practicar, se muestra maravillosamente en la secuencia de la narración de la salvación de Israel en el Mar Rojo (Ex 14) y de la revelación de Dios en el Sinaí (Ex 19). En el clímax de la dramática salvación de los israelitas perseguidos por el Faraón, el pueblo se enfrenta al temor: "Al acercarse el Faraón, los israelitas levantaron la vista y vieron de repente a los egipcios que se acercaban por detrás. Los israelitas, aterrorizados, clamaron al Señor" (Ex 14,10). Preferirían haber muerto de muerte natural como esclavos en Egipto que perecer violentamente en el desierto en estas circunstancias. Reprochan duramente a Moisés: "¿Qué nos has hecho, para sacarnos de Egipto? ¿No te dijimos enseguida en Egipto que nos dejaras en paz?". Moisés responde: "¡No teman! ¡Quédense quietos y miren cómo el Señor los salva hoy! Tal como ven hoy a los egipcios, no los volverán a ver nunca más. El Señor lucha por ustedes, y así ustedes pueden esperar tranquilos" (Ex 14,13s). Estamos ante una maravillosa narración de rescate que nos muestra la estructura básica de la redención divina: Israel debe mantenerse firme, no huir, sino quedarse quieto y observar atentamente lo que sucede. El único agente es Dios, que lucha por los amenazados por las fuerzas de la muerte. Israel debe mantener la calma, incluso cuando sucedan cosas terribles. En la tradición, el texto se entendía no sólo en un sentido histórico, sino además en un sentido espiritual, como expresión de una actitud que el creyente practica en la oración de quietud. Una descripción clásica de esta actitud procede de Edith Stein; incluida como lema por el teólogo protestante Volker Leppin en el prólogo de su *Historia de la mística cristiana*: "Existe un estado de reposo en Dios, de relajación completa de todas las actividades mentales, en el que uno no hace planes, no toma resoluciones y, desde luego, no actúa, sino que lo deja todo en el futuro a la voluntad divina, abandonándose por completo «al destino». Este estado llegó a mí después de una experiencia que superó mis fuerzas, consumió por completo mi vitalidad espiritual y me despojó de toda actividad. Descansar en Dios es algo completamente nuevo y único comparado con el fracaso de la actividad por falta de vitalidad. Aquello era un silencio sepulcral. Ahora lo sustituye un sentimiento de seguridad, de estar libre de toda preocupación y responsabilidad

y obligación de actuar"[4]. La experiencia de Edith Stein es comparable, en su estructura básica, a la instrucción que Moisés da a Israel para el paso del Mar Rojo: "¡No teman! Quédense quietos y miren cómo los salva hoy el Señor" (Ex 14,13). La impotencia total ante la superioridad del enemigo es un requisito previo para la irrupción del poder salvador de Dios. Tener miedo o huir estaría aquí fuera de lugar.

Temor de Dios

Israel aprende en el Sinaí que la libertad recién conquistada no es ilimitada, sino que debe medirse con Dios y Sus mandamientos. El Señor desciende sobre el Sinaí entre truenos y relámpagos. Moisés había dicho al pueblo que se mantuviera a distancia y permaneciera al pie de la montaña. Cuando el pueblo experimentó "truenos y relámpagos", el sonido de cuernos y el humo de la montaña; entonces el pueblo tuvo miedo, tembló y se mantuvo a distancia. Dijeron a Moisés: «Háblanos y te escucharemos. Dios no hablará con nosotros, o moriremos». Entonces Moisés dijo al pueblo: «¡No teman! Dios ha venido a probaros. El temor de él vendrá sobre ustedes, para que no pequen!» (Ex 20,18-20). Ahí está la tensión entre la ausencia de temor y el temor. Por un lado, no hay razón para temer, pues Dios no ha venido a destruir al pueblo. El contexto de la teofanía que suscita temor no quiere poner en fuga a Israel. Al contrario, el pueblo debe permanecer firme: "¡No teman!" (Ex 20,20). Esto no significa, sin embargo, que no haya que prestar más atención a la revelación de Dios en el Sinaí. Más bien, "el temor de él vendrá sobre ustedes, para que no pequen" (Ex 20,20). Ahora se trata del *temor que corresponde* ante Dios y que ha de permanecer. Es el requisito previo para que Israel no peque. Se trata de una referencia preliminar a la historia del becerro de oro. En ella se nos cuenta cómo los israelitas pecaron y no demostraron ser temerosos de Dios, cómo "se apartaron del camino que yo les prescribí" (Ex 32,8). Siguiendo a Georg Steins, Christoph Dohmen señala la conexión entre la prueba de Israel en el Sinaí y la prueba de Abraham. Abraham pasó la prueba (Gn 22,1: *nsh*) y así demostró ser temeroso de Dios (Gn 22,12). La historia de la prueba de Abraham anticipa la prueba de Israel en el Sinaí. Dios se revela al pueblo en el Sinaí para conducirlo

[4] Edith Stein, *Psychische Kausalität* (Edith-Stein-Gesamtausgabe. Vol. 6), Freiburg i. Br. 2010, 73. Citado por Volker Leppin, *Ruhen in Gott. Geschichte der christlichen Mystik*, München 2021, 407.

"a una forma de vida abrahámica de escucha y fe"[5]. Al escuchar la voz de Dios, Abraham "cumplió *avant la lettre* la exigencia de la Torá del Sinaí"[6]. Así, ya con la prueba de Abraham, "se abre el centro de la Torá"[7]. Cumplir la voluntad divina, eso es temor de Dios. También puede encontrarse en personas que —desde el punto de vista de la lectura canónica— aún no conocen la Torá del Sinaí, pero que sin embargo la siguen, como las parteras hebreas que temieron a Dios, resistieron la orden del Faraón y dejaron con vida a sus hijos. Como las parteras temieron a Dios, Él las ayudó a ser felices y les proporcionó descendencia (Ex 1,20s).

Con este trasfondo, el temor de Dios puede entenderse como la actitud que mantiene en su justo medio la tensión entre el temor y la ausencia de temor, propia de una epifanía. El temor de Dios, que en el texto hebreo suele denominarse "temor de Yhwh", debe entenderse aquí en el sentido de *fe*. En la Biblia, temeroso de Dios es el que cree en Dios y cumple sus mandamientos. El término nos recuerda que la fe de la que da testimonio la Biblia surgió de experiencias de trascendencia. Quienes quisieran erradicar el término "temor de Dios" del uso teológico, han olvidado obviamente que la fe bíblica se basa en la revelación y no surgió de una comprensión puramente interior de cómo hay que imaginarse a Dios. En este sentido, el temor de Dios no contradice la razón, sino que se convierte en el *habitus* de los sabios: "El temor del Señor es el principio de la ciencia, sólo los necios desprecian la sabiduría y la educación —*timor Domini principium scientiae, sapientiam atque doctrinam stulti despiciunt* (Prov 1,7; cf. 9,10; 15,33; 31,30; Job 28,28).

Éxodo 20,8-21 trata del nombramiento de Moisés como mediador entre Dios y el pueblo. El encuentro directo del pueblo con Dios no puede mantenerse a largo plazo. Se necesita un mediador que transmita las palabras de Dios al pueblo y que lleve las preocupaciones del pueblo ante Dios y que, en tiempos de crisis, esté dispuesto a poner su propia vida en juego entre Dios y el pueblo (Ex 32,32): "Dijeron a Moisés: 'Háblanos y te escucharemos. Si Dios no habla con nosotros, moriremos" (Ex 20,19).

---

[5] Christoph Dohmen, *Exodus 19-40* (HThK AT), Freiburg i. Br. 2022, 131.

[6] Georg Steins, *Die «Bindung Isaaks» im Kanon (Gen 22). Grundlagen und Programm einer kanonisch-intertextuellen Lektüre* (HBS 20), Freiburg i. Br. 1999, 172s.

[7] Ibid, 186.

El temor epifánico en el Evangelio de Marcos

Según la concepción cristiana, el mediador entre Dios y la humanidad por excelencia es Jesucristo. El encuentro entre él y su pueblo está marcado por la misma tensión entre temor y ausencia de temor que se produce entre Dios y su pueblo, tal como atestigua el Antiguo Testamento. Rudolf Otto escribe con razón en su obra clásica *Das Heilige (Lo Santo)*: "El Dios del Nuevo Testamento no es menos santo que el del Antiguo, sino más, la distancia de la criatura con respecto a él no es menor, sino absoluta, la indignidad del profano hacia él no disminuye, sino que aumenta. Que el Santo se haga a pesar de todo accesible no es algo evidente, como querría el optimismo emocional del «Querido Dios», sino una gracia incomprensible. Despojar al cristianismo de su sentimiento para eso, es aplanarlo hasta hacerlo irreconocible"[8].

En relación con Jesús y su obra, el fenómeno arcaico del temor epifánico surge sobre todo en el Evangelio más antiguo, el de Marcos. Dos veces relata el evangelista la tempestad en el lago. En ambas narraciones, el temor se apodera de los discípulos, pero contrariamente a una suposición generalizada, no durante la tormenta, sino después. Sólo después de que Jesús hubo acallado la tempestad, los discípulos fueron presa de un gran temor; éste es el orden en que se narra en Mc 4,35-41: "Entonces se levantó, amenazando al viento, y dijo al lago: «¡Cálmate!». Y cesó el viento, y se hizo completo silencio. Y les dijo: «¿Por qué tenéis tanto miedo? ¿Aún no tenéis fe?». *Entonces se apoderó de ellos un gran temor* y se dijeron unos a otros: «¿Quién es éste, que hasta el viento y el mar le obedecen?»". En el segundo relato de la tormenta en el lago, los discípulos también se sienten presa del temor y del terror cuando Jesús sale a su encuentro en el lago. Cuando Jesús se les da a conocer, su miedo se transforma en confianza. Jesús les exhorta: "Tengan confianza, soy yo; no teman". Pero a los discípulos les sigue costando confiar en él: "Entonces subió a la barca con ellos, y se calmó el viento. Pero ellos estaban consternados y aturdidos. Porque no habían comprendido el milagro de los panes; tenían el corazón endurecido" (Mc 6,51s).

Siempre ha causado gran sorpresa que el Evangelio de Marcos en su versión original termine con el motivo del temor. La (ante)última palabra del

---

[8] Otto, *Das Heilige* (véase nota 1), 72s.

Evangelio es: "porque tenían miedo" (Mc 16,8). Al final del Evangelio está el horror epifánico. Esto no encaja realmente con una imagen generalizada de Jesús; incluso los primeros escritores estaban evidentemente tan asustados por este final, que compusieron un texto a partir de los otros Evangelios que termina con el apoyo del resucitado. La frase final de la versión original es, según Joachim Gnilka, "la conclusión de la perícopa del sepulcro y del Evangelio"[9]. "ἔκστασις [estar fuera de uno mismo] y φόβος [temor] fueron repetidamente las reacciones de la gente ante la epifanía ocurrida en el milagro (4,41; 5,15.33.42)"[10]. Según Peter Dschulnigg, "la huida y el silencio (...) se basan en el temor de la mujer; no son condenables, sino una reacción apropiada ante la incomprensible intervención de Dios"[11].

Teológicamente significativo es que el Evangelio más antiguo enmarque el ministerio de Jesús con los motivos del temor y el terror. La primera aparición pública de Jesús en la sinagoga de Cafarnaúm no provoca alegría y gratitud, sino temor y terror en los presentes: "Entonces todos se asombraron, y uno preguntaba a otro: «¿Qué es esto? Una nueva enseñanza con autoridad: Hasta los espíritus inmundos obedecen su mandato». Y su fama se extendió rápidamente por toda la región de Galilea" (Mc 1,27s). Rudolf Otto tiene razón cuando señala que Jesús no nos pone en un "estado de ánimo-Dios-amor". Obviamente, un anuncio bien templado y compatible con la modernidad ya no puede imaginar que la llamada de Jesús se extendiera por toda la región de Galilea, después de infundir temor en la gente de la sinagoga de Cafarnaúm con su aparición como exorcista. Evidentemente, como Teresa de Ávila sabe por experiencia propia, existe una falsa paz que el demonio provoca para adormecer a la gente antes de su encuentro con Dios[12]. El discernimiento espiritual también

---

[9] Joachim Gnilka, *Das Evangelium nach Markus* (Mc 8,27 - 16,20) (EKK II/2), Zürich u. a 1979, 345.

[10] Ibid, 344.

[11] Peter Dschulnigg, *Das Markusevangelium* (ThK NT 2), Stuttgart 2007, 414.

[12] Teresa de Ávila, *Pensamientos sobre el Cantar de los Cantares* 2,1: "Si uno de los del mundo, en medio de grandes pecados, vive muy a gusto y a pesar de sus maldades, muy tranquilo, sin tener nunca remordimientos de conciencia, esta paz es señal de que el maligno y él son amigos". Teresa habla en estos casos de una "peligrosa paz" (2,6). Citado en: Teresa von Avila, *Gesamtausgabe* Bd. I: Werke, herausgegeben, übersetzt und eingeleitet von Ulrich Dobhan und Elisabeth Peeters. Mit einem Geleitwort von Mariano Delgado, Freiburg i. Br. 2015, 1292.

es necesario cuando reina la paz. Con la aparición de Jesús en la sinagoga de Cafarnaúm, la paz se acaba. Los demonios empiezan a gritar (Mc 1,23).

Temor de los hombres y temor de Dios

En el segundo gran discurso del Evangelio de Mateo, tras el envío de los doce discípulos, Jesús señala los peligros que cabe esperar en su labor misionera. Al hacerlo, llega a un juicio diferenciado. Los discípulos no deben tener miedo de sus perseguidores (Mt 10,26; cf. 1 Pe 3,14; Ap 2,10). No obstante, conviene actuar con cautela y no dar a la ligera motivos de acusación a los adversarios (Mt 10,17). Puede ser oportuno huir a otra ciudad en caso de persecución (Mt 10,23). Sin embargo, no se debe omitir la confesión de Jesús por temor a los hombres (Mt 10,31-34). En el fondo, "*no teman* a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; *teman* más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno" (Mt 10,28). Por aquel que puede destruir alma y cuerpo en el infierno, se entiende Dios. Esto es, de nuevo, el temor de Dios, que ha de mantenerse en toda circunstancia. Se manifiesta aquí en la confesión intrépida y al mismo tiempo sabia y prudente de Jesús. En el peor de los casos, esto puede significar perder la vida por causa de Jesús (Mt 10,39). Pero los discípulos no deben tener miedo: "¡No teman! Ustedes valen más que muchos pájaros. Al que me confiese delante de los hombres, yo también lo confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Pero al que me niegue delante de los hombres, yo también lo negaré delante de mi Padre que está en los cielos" (Mt 10,31-33).

En el amor no hay temor (1 Jn 4,18)

Nuestras consideraciones sobre el temor y la ausencia de temor en la Biblia estarían incompletas si no hiciéramos referencia a 1 Juan 4,18: "En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor expulsa el temor. Porque el temor cuenta con el castigo, pero el que teme no es perfecto en el amor". La afirmación da la impresión de que el temor de Dios, que hemos identificado a partir de una serie de textos bíblicos como una característica esencial de la fe, es un signo de amor imperfecto. Sin embargo, una mirada más atenta muestra que la afirmación de que el amor perfecto expulsa el temor encaja muy bien en la dinámica de las afirmaciones anteriores. En efecto, sólo el amor *perfecto* expulsa el temor, es decir, *el temor al castigo* en el "día del juicio final". "En vista del sobrecogedor

acto de amor de Dios, que encontró su culminación en la muerte de su Hijo en la cruz, los creyentes ya no tienen razón alguna para tal temor, siempre y cuando hayan reconocido verdaderamente al Dios que es amor, en términos joánicos"[13]. El amor sólo es perfecto en quienes han conocido a Dios. Sólo bajo esta condición el amor expulsa el temor. Lo que significa el conocimiento de Dios se explica en el pasaje inmediatamente anterior. El conocimiento de Dios en el sentido joánico no debe adquirirse en una actitud de observación aislada o de reconocimiento intelectual, sino que debe entenderse como un proceso en el que el conocedor y el conocido se convierten en uno. Para explicarlo, el autor utiliza la afirmación de la inmanencia recíproca: "Quien confiesa que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él permanece en Dios" (1 Jn 4,15). Esta confesión surge de un reconocimiento: "Amados, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios, y todo el que ama es de Dios y conoce (γινώσκει) a Dios" (1 Jn 4,7). Amor y conocimiento son aquí una sola cosa: *Ubi amor, ibi oculus*. ¿Qué tipo de conocimiento está en juego? El conocimiento de que "Dios envió a su Hijo único al mundo para que vivamos por él" (1 Jn 4,9). El conocimiento ha de entenderse aquí como un proceso en el que la persona que conoce es engendrada continuamente por el Dios que conoce y, por tanto, permanece en él: "Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios, y Dios permanece en él" (1 Jn 4,16; cf. 1 Jn 5,1). Cuando el creyente ha encontrado su camino en este proceso de amor mutuo y perfecto, ya no hay lugar para el temor. Es expulsado, o más exactamente: arrojado fuera. "En el amor no hay temor, sino que el amor perfecto (ἡ τελεία ἀγάπη) echa fuera el temor" (1 Jn 4:18). El temor no significa aquí el temor de Dios, que se demuestra en el cumplimiento de los mandamientos, sino el temor al castigo en el "día del juicio". En el sentido joánico, el cumplimiento de los mandamientos se muestra en el amor a Dios: "Porque en esto consiste el amor a Dios, en que guardemos sus mandamientos" (1 Jn 5,3). El *temor de Dios* y el *amor de Dios* coinciden. Si todavía hay temor al castigo, se trata de un amor que todavía está en camino, que todavía no está completo: "Porque el temor cuenta con el castigo, pero el que teme no está por completo en el amor" (1 Jn 4,18).

---

[13] Hans-Josef Klauck, *Der erste Johannesbrief* (EKK XXIII/1), Zürich y otros 1991, 271.

Conclusión

La Biblia presenta una imagen muy realista del temor y la ausencia de temor. Hay buenas razones para temer los peligros del mundo interior y reaccionar ante ellos de forma sabia y adecuada. Evitar una temida persecución política para proteger a la propia familia, como hizo José del Nuevo Testamento, puede ser tan de Dios como la preocupación sabia y correcta de contrarrestar una hambruna prevista con medidas adecuadas para asegurar la supervivencia de los habitantes del país y de la propia familia, como hizo José del Antiguo Testamento en la tierra de Egipto (Gn 37-50). Ambos escucharon la voz de Dios en un sueño y respondieron adecuadamente. Pero también hay formas de temor que son inapropiadas y que hay que superar. El profeta Isaías denuncia, en el activismo sin sentido del rey Ajaz, una falta de confianza en Dios que se esconde tras el aura de una supuesta piedad (Is 7,1-17). El mandato profético "¡No temas!" (Is 7,4) significa en este contexto: "Si no crees, no permanecerás" (Is 7,9).

La exhortación *¡No teman!* se encuentra en la Biblia sobre todo en relación con la aparición sorprendente de Dios. Este temor epifánico es algo muy natural y parece ser un fenómeno que trasciende las religiones. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento lo conocen del mismo modo. La exhortación pretende transformar en confianza el miedo natural del ser humano ante la Divinidad que se revela, evitar que la persona interpelada emprenda la huida (φοβέομαι "temer" está relacionado etimológicamente con φέβομαι "huir"), animarle a mantenerse firme para que la atención salvadora y amorosa de Dios pueda llegar y no se vea bloqueada por un temor mal entendido, o privada de su efecto por la huida. Es a través de este empuje inverso del miedo a la confianza como Dios puede actuar a través de sus criaturas sobre la creación. La curación de la hija de Jairo, el jefe de la sinagoga, se ilustra con las palabras de Jesús: "¡No temas! Basta que creas". (La puerta de la fe se abre en el Antiguo Testamento con la alianza de Abraham. En una visión, la palabra de Dios se dirige a Abram: "No temas, Abram, yo mismo soy tu escudo" (Gn 15,1). En el Nuevo Testamento, la misma promesa abre una nueva etapa de la acción divina. El saludo del ángel había asustado a María (Lc 1,29). "Entonces el ángel le dijo: «No temas, María, porque has hallado gracia ante Dios»". María se mantuvo firme y con

consentimiento interior permitió que sucediera en ella la obra del Espíritu Santo. El ángel ya había reaccionado de modo semejante ante el susto de Zacarías: "¡No temas, Zacarías! Tu oración ha sido escuchada" (Lc 1,13).

La exhortación hecha ante el temor de la epifanía, "No teman", no significa convertir la actitud natural de temor ante lo divino en una actitud de despreocupación que eleva a Dios al rango de un "anciano bueno" que no merece más atención porque es "dulce y no hace nada". Por el contrario, el estímulo se dirige a disolver o evitar una actitud en el hombre de huida o congelación de miedo ante la Divinidad que se revela, para que Dios pueda tratar con los hombres a través de los hombres. En este sentido, la seguridad pertenece a la esencia de la revelación bíblicamente atestiguada. Bien entendido, el temor de Dios sigue siendo una actitud de atención tensa hacia Dios, que se orienta a escucharle y a cumplir sus mandamientos, aceptando y soportando su acción transformadora hacia el hombre. No queda obsoleto con la revelación del amor de Dios en Jesucristo, sino todo lo contrario. Pablo escribe a los creyentes de Filipos: "Trabajen por su salvación con temor y temblor" (Flp 2,12). Cuando esta actitud pasa al conocimiento perfecto de Dios, el amor a Él es completo. Entonces desaparece el temor al castigo, porque el creyente está en Dios y Dios en él (1 Jn 4,15). Quien no sólo se ha convertido en criatura, sino en hijo de Dios; quien no sólo ha sido creado por Dios, sino que ha sido engendrado y nacido de Él, ya no puede ser vencido por los poderes del mundo. "Porque todo lo que ha sido engendrado por Dios vence al mundo" (1 Jn 5,4). El amor perfecto expulsa el temor (1 Jn 4,18). En este sentido, la exhortación "¡No tengan miedo!" debe entenderse como una invitación a crecer en la actitud de la filiación con Dios (Jn 1,12s).

Traducción: Andrés Di Ció